

HARO TEGLEN

DISPAROS CHINO-SOVIETICOS

Un incidente no nace: se hace. Los encuentros de patrullas en fronteras, generalmente lejanas, despobladas, entre dos países con alguna rivalidad entre sí son relativamente frecuentes. Suelen tener por objeto lo que se llama «probar la frontera»; o sea, conocer la capacidad de reacción militar del otro lado, saber cuál es su agilidad para la contención o la respuesta. De la misma forma que se observan esos movimientos militares se analizan también cuidadosamente las reacciones políticas, las notas de protesta, las conminaciones. Al mismo tiempo, puesto que del incidente siempre se culpa al otro, sirve para exhibir la propia indignación. (Clemenceau decía: «El agresor es el otro».) Cuando el incidente es solamente probatorio, se localiza. Se atribuye a los nervios de un oficial o al apresuramiento de un centinela. Se paga fácilmente. Cuando su alcance es mayor, se magnifica. Puede llegar a convertirse en un «casus belli». Un «casus belli» es un incidente cualquiera magnificado hasta el extremo. Mil incidentes similares pueden haberse producido antes sin provocar una reacción mayor. Uno, el elegido, sirve para una guerra. Y sirve solamente porque uno de los países envueltos, o los dos, han considerado que la situación es favorable.

El incidente chino-soviético en la isla de Damanski es uno más en una ya larga serie de problemas fronterizos entre los dos países. Unos se han localizado; otros se han publicado. Este se magnifica. Desde el momento en que se produjo y se publicó —el 2 de marzo—, las reacciones mutuas han crecido. Se han movilizado las masas de un lado y de otro, se ha llegado al estado de la «indignación popular» y se han empleado los términos clásicos de las grandes ocasiones, como «ha sido hollado el sagrado suelo de la patria». Se ha acudido a elementos históricos sobre la «verdadera» propiedad del territorio. China acusa a los «nuevos zares» y, de golpe, declara así su deseo de regresar un siglo atrás y restablecer una situación que entonces les fue desfavorable.

En las historias de China se hace referencia a lo que se llama «los tratados desiguales». Son al de Aigun, el de Pekín y el de San Petersburgo, en 1858, 1860 y 1861, respectivamente. Son los tratados por los que el Imperio de los zares impuso al de los Tsing unas fronteras que China nunca ha reconocido como legales. En consecuencia, ha mantenido continuamente una agitación a lo largo de ellas, una agitación que era el signo de que su reivindicación no ha cesado jamás y cuya importancia ha sido aumentada o disminuida según la coyuntura de la relación entre los dos países y de la situación internacional. Entre los años 1960 y 1965, los chinos han emitido protestas frente a la URSS por unas cinco mil violaciones de territorio. Solamente en el año 1962, los soviéticos han acusado a los chinos de otras cinco mil violaciones. Los chinos acusan a los soviéticos no solamente de estas violaciones fronterizas o de estos incidentes de patrullas, sino de producir insurrecciones populares en las zonas fronterizas para beneficiarse de ellas. En julio de 1964, Mao Tse Tung convertía estos actos locales —muchos de ellos eran simplemente problemas de pesca, como los que se presentan continuamente entre estados— en tema nacional. «Hace cien años —decía el Pre-

sidente Mao—, la región al Este del Baikal se convirtió en territorio de Rusia y, más tarde, Vladivostok, Jabarosk, Kamchatka y otros lugares han sido anexionados por la Unión Soviética. Todavía no hemos pasado la factura». Y añadía: «Hay demasiados lugares ocupados por la URSS». Mao se extendía a unas comparaciones de densidad de población entre la URSS, China y Japón, para concluir que había una desigualdad en la distribución de la superficie del globo, que esa distribución estaba hecha en detrimento de Asia y que, por tanto, era preciso hacer un nuevo reparto. Para la Unión Soviética, esa doctrina recordaba mucho la del «espacio vital», emitida por Hitler en 1930 con unas bases semejantes: Alemania estaba demasiado poblada para su tamaño, reducido por el tratado de Versalles; necesitaba las llamadas «tierras de población», y le era precisa una «expansión» para equilibrar la justicia distributiva. No era preciso más para comparar a Mao con Hitler, a China con la Alemania nazi, para acusarla de expansionista y de crear situaciones de provocación. La respuesta de Krutchev a Mao fue suficientemente dura. Advirtió que no dejaría que se tocasen las fronteras soviéticas, que consideraba como definitivas y, al mismo tiempo, vino a acusar de imperialismo a Mao, recordando que un cierto número de poblaciones incluidas en el Asia Central bajo dominio chino no eran de raza china y, por tanto, podían considerarse como «minorías subyugadas».

Estos problemas nacionales yacen por debajo de lo que se llama «conflicto ideológico». La mayor parte de los observadores occidentales desdeñan la realidad del conflicto ideológico, al que consideran como un enmascaramiento de la situación clásica de rivalidad nacional. Probablemente no tienen razón. El conflicto ideológico existe, y es algo más que un enmascaramiento o que una lucha por la hegemonía del revolucionarismo mundial. Es el encuentro entre dos maneras de aplicar una misma ideología en estadios diferentes de la revolución. Está apareciendo en nuestros tiempos que la aplicación de unas mismas teorías en dos contextos diferentes da resultados diferentes. Es el eje de las discusiones teóricas actuales entre checoslovacos y soviéticos, entre cubanos y partidos comunistas hispano-americanos, entre el partido comunista francés y el italiano, entre Yugoslavia y Albania. Si China, que sostiene su problema fronterizo desde hace un siglo, lo ha mantenido en silencio durante los años de sus buenas relaciones ideológicas con la URSS y ha comenzado a exhibirlo a partir de 1954 (en la ocasión de la visita de Krutchev y Bulganin a China), es porque a partir de la muerte de Stalin los conceptos ideológicos se han dividido. Es decir, que parece más lógico encontrar que el problema nacionalista se acalla cuando existe una unidad ideológica que atribuir la ruptura ideológica a problemas nacionalistas. Los chinos, en posición de cerco por parte de los Estados Unidos, comenzaron a sostener la sospecha de que la «coexistencia pacífica» brotada en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética era una especie de abandono. De abandono de China y de abandono de los grupos revolucionarios en otras partes del mundo. Otros grupos revolucionarios han comenzado a tener la misma sensación, sin por ello sumarse a las doctrinas comunistas chinas. Para China, para los teóricos marxistas de Pekín, el problema de

Manifestación
en Moscú ante la
embajada china.
Los problemas
nacionales yacen
por debajo de lo que se
llama «conflicto
ideológico».



EN PUNTO

nacionalismo en la URSS se presenta en el momento en que su ideología «degenera» y se convierte en «revisiónismo» destinado a favorecer su statu como nación en el mundo, más que como centro de una ideología internacionalista. Las reivindicaciones territoriales chinas en estos momentos sirven para que desde Moscú se haga una acusación semejante contra Pekín. En materia verbal, China lleva la delantera. Acusa no sólo de colusión con los Estados Unidos, sino de acuerdo secreto entre Moscú y la China insular, la China de Chiang Kai Chek.

Estas bases pueden ayudar a comprender un poco el fondo del incidente fronterizo como continuación de una línea histórica, pero difícilmente sirven para explicar su actualidad. En primer lugar, no se puede saber honestamente a quién ha pertenecido la iniciativa. Cada uno acusa al otro, como es costumbre. En segundo lugar, es difícil saber a quién beneficia, cuál es su utilidad. Beneficia, necesariamente, a los Estados Unidos, y no han dejado de emitirse hipótesis en el sentido de que puede haber sido todo una operación de la CIA, hipótesis que los dos países envueltos en el conflicto rechazan porque sería admitir su permeabilidad a la organización enemiga. Las hipótesis que atribuyen la agresión a la URSS se basan en la idea de que por esta iniciativa trataría de buscar una condena de China por parte de los partidos comunistas del mundo, tema que intenta desde hace tiempo sin excesivo éxito; que tratan de dar signos visibles a los Estados Unidos de su «occidentalización», o que quieren advertir a China de que están dispuestos a defender sus fronteras con una guerra, si es preciso, antes de que las reivindicaciones chinas lleguen más allá. Las hipótesis que suponen a China culpable atribuyen varias causas al movimiento. Una, el «desenmascaramiento» de la URSS como revisionista, como más inclinado a la amistad con los países capitalistas que con los comunistas. Otra, que se trata, mediante la levadura del nacionalismo, de crear una unidad que se está quebrando, movimiento clásico muchas veces repetido en la historia (por simple ejemplo, la agitación en Chipre por parte de Grecia o de Turquía cuando uno de estos dos gobiernos han tenido dificultades interiores). Una tercera supone que es un paso en la escalada nacionalista por la reivindicación de fronteras.

Sin embargo, teóricamente, el incidente fronterizo y su magnificación no corresponde a las políticas globales de Moscú ni de Pekín. A Moscú, cargado con el fardo de Checoslovaquia, con el de Oriente Medio, con la difícil diplomacia de gestos y actitudes con Alemania Federal, el conflicto fronterizo con China la inquieta. Incluso para sus negociaciones con los Estados Unidos le sería más conveniente mantener la amenaza de una reconciliación con China, que mostrar públicamente que su desacuerdo con ella puede terminar nada menos que en una guerra, lo cual le haría buscar la amistad de los Estados Unidos con urgencia y en condiciones de inferioridad. En cuanto a China, es una contradicción más con la política de apertura que había iniciado en octubre del año pasado. Esa política comprendía la conferencia con los Estados Unidos en Varsovia, la reanudación de relaciones con Canadá y con Italia, la nueva política panasiática para con el Japón. A partir de febrero, esa política ha basculado en un sentido contrario. ¿Por qué? Para considerar los actos de China hay que tener en cuenta su situación de «revolución permanente». Los problemas de la lucha por el poder iniciados con la «revolución cultural» no se han resuelto, y una tesis política puede prevalecer un año, unos meses o unas semanas, para dejar paso a otra que puede ser contradictoria. En una medida menos espectacular, pero no menos importante, la anarquía en el poder está latente en numerosos países, sobre todo en los que pretenden mayor influencia en el mundo. Las contradicciones y las inversiones de máquinas en la política del general De Gaulle son famosas; las de los Estados Unidos han dado lugar a la anarquía interior, que ahora está en tregua relativa. En la URSS se está hablando continuamente de dos facciones importantes, llamadas «duros» y «blandos» —división genérica que se aplica en todos los países—, y que oscilan en acciones y reacciones. El incidente chino-ruso puede haber sido emitido por un grupo de uno cualquiera de los dos países; puede haber sido aprovechado en cada uno de ellos por los grupos en cuyo favor puede ir. Ante todo examen de los acontecimientos políticos hay hoy que tener en cuenta que los países carecen hoy, como tenían antaño, de una línea política coherente y unida. Pensamos en Oriente Medio, donde no hay una política oficial árabe, sino varias, y donde esas políticas oficiales están dobladas por una política guerrillera activista, y donde el propio Israel triunfante —y, por tanto, menos inclinado a la división— está rasgado entre los triunfalistas de Dayan y los negociadores de Golda Meir. Conflicto en el que, a su vez, pesan las influencias —y las armas y el dinero— de las dos grandes naciones —Estados Unidos y la URSS—, que, a su vez, están divididas en varias facciones... Sólo así puede comprenderse que el análisis de un incidente como el de la isla de Damanski —insignificante en sí mismo, desde cualquier punto de vista— difícilmente puede conducir a una consecuencia coherente, y que cualquier idea que se pueda emitir acerca de su desarrollo ulterior no pertenecerá más que al campo de la adivinación.



EL SEÑOR PRESIDENTE

Heinemann:

Una sospecha de futuro

El papel de Presidente en la República Federal Alemana es, principalmente, simbólico. El verdadero poder corresponde al primer ministro o canciller. Precisamente es su carácter simbólico el que da mayor importancia a su elección. Eligiendo a Heinemann, socialista, en lugar de a Schroeder, demócrata cristiano, los compromisarios llevados a Berlín Oeste en circunstancias difíciles han podido simbolizar que prefieren a un negociador que a un «duro». Puede ser una indicación de lo que vaya a preferir también el electorado general de Alemania Federal en las próximas elecciones legislativas. Heinemann es un político que ha pasado de un partido a otro sin encontrar verdadera satisfacción en ninguno. Con un pasado claro y abiertamente antinazi —lo cual es escasamente frecuente entre los políticos alemanes—, se define más bien como un adversario de la corrupción y del regreso al nacionalismo germánico, como contrario al rearme del país, como adversario de las agrupaciones políticas neonazis. Durante dieciséis años se ha mantenido al margen de las actividades políticas, en las que reapareció como ministro de Justicia tras la formación de un gobierno de coalición. Su rectitud de conciencia la debe, según él declara, a la Iglesia evangélica a la que pertenece, como militante de un ala que se opuso siempre al nazismo. Su personalidad religiosa le

hizo acudir al partido cristiano demócrata después de la guerra, pero se decepcionó por tres motivos que él mismo enumeró como acusación a su partido, que abandonó: «Ganar demasiado dinero, tener soldados para defenderle y mantener iglesias para bendecir el dinero y los soldados». Heinemann, después de su abandono del partido, fundó otro, el «partido popular alemán», de corte intelectual, con tendencias neutralistas. El partido fue perseguido, acusado de procomunista durante la guerra fría, acusado de recibir fondos «misteriosos» —tuvo doce procesos por este tema, y los doce los ganó— hasta que el partido se hundió y Heinemann pasó entonces al partido social demócrata, donde se mantuvo prácticamente aislado. Su selección para estas elecciones presidenciales obedece precisamente a su calidad de conciencia individual, más que de representante de un grupo o sector. El periódico de Hamburgo, «Die Welt», explica, en unas líneas, el alcance de su elección: «El señor Heinemann, que ha cambiado de óptica varias veces en la corta historia de la República Federal, cree en la transformación, en el cambio, por el verbo más que por la fuerza. Para los social demócratas, la victoria de Heinemann es una situación histórica. Va a unir las más aún a la República que la participación en las responsabilidades gubernamentales en el seno de la gran coalición».